

En 1869 un solo tigre mató 127 personas, é interceptó durante algunas semanas las comunicaciones entre los pueblos. Otro, en las provincias del centro, hizo que los habitantes de trece pueblecitos abandonaran sus hogares, quedando sin cultivar más de 250 millas cuadradas.

No puede formarse una idea aproximada de las personas que los tigres matan cada año en la India.

En los distritos de Moundlah hubo en 1856 y en los años precedentes, por término medio, de 200 á 300 víctimas. Los informes oficiales relativos á cinco provincias, pregonan que los tigres mataron desde 1866 á 1867, 375 personas; de 1867 á 1868, 289, y de 1868 á 1869, 285.

En el bajo de Bengala, según las relaciones oficiales, en un período de 6 años, desde 1860 á 1866, los tigres devoraron á 4,218 personas, llegando á 13,400 las que murieron víctimas de las demás fieras, entre otras de los leopardos y los lobos.

En el año 1883, la estadística oficial inglesa señala que 895 personas perecieron en la India víctimas del tigre y que uno sólo despobló doce pequeñas aldeas.

La ferocidad y valor del tigre, pintados con vivos colores por los indígenas de la India, llenos de supersticiones y sin otra defensa que sus toscas armas, han sido reducidos á sus verdaderos límites, hoy que, merced á las conquistas de los franceses é ingleses, la India está poblada de gran número de europeos y norte-americanos.

Pero, como sucede con frecuencia, hoy se exagera por algunos viajeros y narradores la cobardía del tigre, al que se pinta huyendo siempre del cazador armado.

Florian Pharaon, (1) con chispeante gracejo, cuenta que en 1878 sostuvo sabrosos coloquios en París con un cazador de tigres de Bengala, apellidado Touboun-hour Fili, mancebo joven y fornido que había dado muerte á 232 tigres. El buen cazador indio no se ufana por tal victoria, y por el contrario sostenía que el tigre es el animal menos feroz de la raza felina y peligroso sólo para el hombre cuando está hambriento ó se vé atacado, y añadió que sólo forzado acepta la lucha con el cazador. Fili contó al cronista del *sport* francés, maravillas de un tigre bautizado con el nombre de *Radjah-hontan*, que, adiestrado para la caza, sigue al indio como un perro, desde la orilla del río Kavery, donde mora, hasta Delhi.

Un francés, Mohuot, en el relato de su viaje á la Indo-China (2), ó sea en sus correrías por las mesetas del

(1) *La chasse illustrée*, 1878.

(2) Mohuot: *Viajes por los reinos de Siam y otros centrales de la Indo-China 1858-61*.

monte Sabad, poblado de tigres reales y longibandos, sostiene que aquellos felinos huyen del hombre y le hacen sólo cara cuando son atacados.

Ví allí,—dice,—á un joven chino con 19 cicatrices en el cuerpo, de otras tantas heridas causadas por el tigre. El mozo se había puesto de acecho sobre un árbol de unos tres metros de altura, después de haber colocado á poca distancia en el suelo y como cebo á un cervatillo atado. Los quejidos del pobre animal atrajeron á un tigre, que se lanzó sobre su presa. El cazador disparó sobre el felino, que, herido mortalmente, recogió sus músculos de acero, y haciendo un supremo esfuerzo, dió un salto enorme y cayó sobre el chino, y ambos rodaron por el suelo. Por fortuna la fiera espiró en aquel instante, pero no sin haber desgarrado las carnes del cazador.

La narración, no de fábulas, sino de veraces cacerías, probará al lector cuán arriesgado es el ejercicio de la caza del tigre. Cierto es que el felino huye la liza en campo abierto y busca sólo la artera emboscada y la sorpresa, y su instinto le conduce á lanzarse sobre presas desprevenidas ó descuidadas; pero el tigre descubierto, hambriento ó herido es casi siempre terrible.

El tigre cuando ventea á su presa ó al enemigo, permanece mudo y silencioso, y cuando anda se desliza suavemente y sin ruido.

El cazador que no sabe á punto fijo donde se halla oculto el felino, y se halla perdido en un mar de verdura y de malezas, no debe olvidar que en los jungles, guarida habitual del tigre, viven multitud de gallináceas y aves de brillante plumaje que anuncian con su agudo chillido y brusco aleteo y vuelo la peligrosa vecindad del tigre. El desusado movimiento que su presencia introduce entre los jungles, lo revelan también los monos con sus saltos y gritos, y sobre todo el pavo real, lanzando característicos graznidos. El pavo es el vigía del cazador, y en Java goza autoridad de aforismo venatorio, que cuando aquella ave chilló el tigre no está lejos.

El tigre real se anuncia á veces lanzando un quejido sordo y planidero. Una piara de tigres deja oír entre los jungles un extraño concierto, un característico *ron-ron*.

El tigre, cuando embiste y ataca al cazador, lanza una serie de gruñidos rápidos, secos, estridentes y espantosos; especie de tos que algunas veces he notado también, en el momento de atacar, en los osos de América.

La descripción de otros detalles sobre el tigre es propio de las obras zoológicas.

## III

Los cazadores indígenas son poco temibles para aquel felino, y así se explican las grandes hecatombes que anualmente ocasiona en las regiones tropicales.

Aquellos indios casi desnudos, toscamente armados, han de valerse de artificios y artimañas para vencer á las fieras.

Tragomain describe los artificios usados por los naturales de los contornos de Singapore. El cebo de la



Tigre sorprendiendo un vivac

China, pereció martirizado en el fondo de uno de estos orificios.

En Java se caza, por algunos indígenas, el tigre vivo. Averiguado el sitio por donde ronda habitualmente el animal, se elige algún pequeño claro en la espesura de los contornos. Los javaneses abren en el suelo un hoyo de unos tres metros cuadrados de superficie y de cuatro ó cinco de profundidad, y se precipita en su fondo á un animal, como por ejemplo, á un perro, cabrito, etc., etc. Se cubre, como es de suponer, la boca con ramaje. Al oscurecer, los cazadores se esconden tras las malezas cercanas; mientras que el pobre animalillo que sirve de cebo, grita y gimotea, el tigre no ha caído aún en el foso.

caza son las cien rupias que paga el gobierno inglés por cada cabeza de tigre muerto y la venta en los mercados de la India, de la hermosa y pintada piel.

Los indígenas abren en el suelo un hoyo de unos ocho piés de profundidad, y en la solera clavan una flecha ó punta de hierro.

El orificio se halla tapado y oculto por ramaje tupido, pero ligero, de suerte, que el tigre al pisarlo, atraído por algún cebo, cae en el fondo del pozo y queda ensartado.

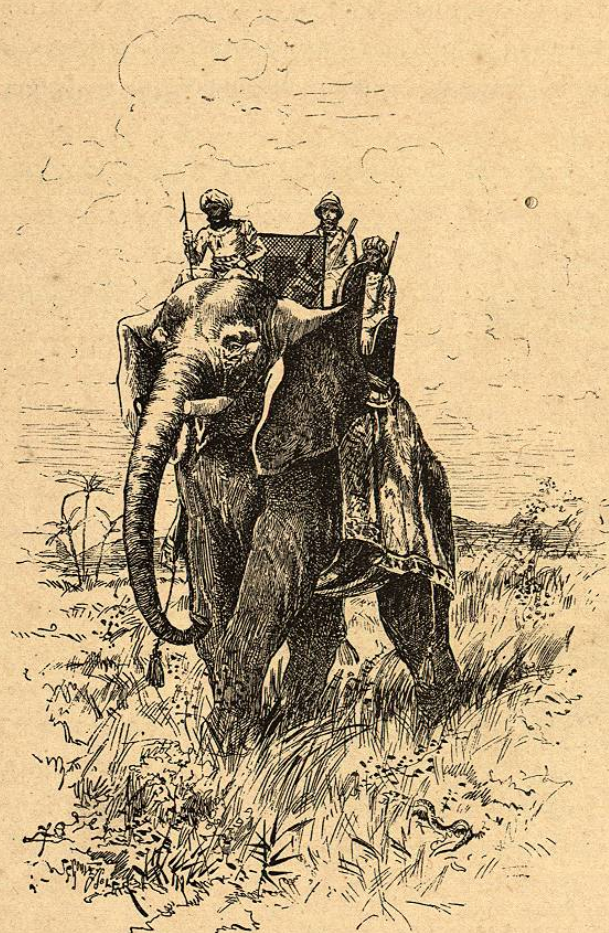
Pero toda medalla tiene su reverso, y este es el abuso de trampas, que han ocasionado sensibles desgracias entre los viajeros. Un pobre misionero que se dirigía á

Acontece á menudo, que la fiera, atraída por los gritos y olor del animal cautivo, se acerca al fin á oler y á escarbar el suelo, buscando el sitio donde se figura que ha de hallar la presa invisible. De repente el tigre se para, retrocede, toma aliento, y con gran ímpetu se lanza y cae sobre el ramaje y hojas que se hundén y dan con el felino en el fondo del hoyo.

El pobre animalillo que sirve de cebo, suele morir del terror y susto; en cuanto al tigre, empieza á dar furiosos saltos, pero en balde, pues la estrechez de las paredes de su cárcel le despiden como bola de goma, y le hieren y aplastan, hasta que al fin rendido, jadeante, sudoroso, echando espumarajos de rabia por la boca, y despidiendo centellas sus ojos, se queda inmóvil.

vil y lleno de estupor, y se tiende en el suelo como resignado con su suerte.

Claro está que los indígenas pueden matar impunemente al tigre, con golpes de flechas ó bien despenando sobre él rocas ó á tiros; pero si quieren, pueden aprisionarlo vivo, merced á la siguiente industria. Se baja al fondo del hoyo una caja, cerrada con fuertes barras de bambúes por todos lados, menos por la cara inferior, y una procesión de indígenas van llenando de nuevo con



Elefante de caza

tierra el hoyo. El tigre, al recibir sobre su cabeza la lluvia de tierra, abandona su inmovilidad, se impacienta y empieza á brincar y á saltar, apisonando la tierra, de suerte que se convierte en obrero de su propia desgracia. Así, á medida que el hoyo se llena, el tigre y la jaula se elevan hasta llegar á flor de tierra. Cuando el tigre es adulto y fornido, se refuerzan las barras. Colocada la tapa inferior de la jaula y sujeta con fuertes tornillos á unas ruedas, se conduce al tigre aprisionado dentro aquella cárcel movable. Sus saltos dentro de la jaula son poco temibles, pues aquel felino tiene gran repugnancia á tocar el bambú, que con su corteza barnizada embota sus garras.

Otro artificio de cazar al tigre usan algunos valerosos indígenas; pero es tan peligroso como original.

Se coloca una fuerte caja de bambúes en un sitio muy frecuentado por el animal. El cazador se encierra dentro de ella, y sirve á la vez de cebo, gritando, lamentándose y haciendo ruido. El tigre se acerca, ve á la víctima por entre las rejas de cañas, y mientras se afana furioso por romperlas, espía el cazador la ocasión propicia de atravesarle el corazón con su envenenada lanza.

El cazador tiene en su favor, si el tigre no ha logrado forzar la fortaleza de cañas, que el animal sucumbe á la más ligera herida, porque acuden á ella tal enjambre de mosquitos, depositando sus huevecillos y formando gusaneros, que le hacen sucumbir.

Los soberanos y reyezuelos de la India cazan el tigre con verdaderos ejércitos de tropa y elefantes.

Desde que los ingleses residen en la India han sido muchos los cazadores europeos ó americanos, armados de rifles, montados en elefantes adiestrados, que han cazado los tigres en los feraces campos de la India.

El cazador de tigres europeo ha de tener una salud de hierro para resistir las fatigas y marchas bajo el ardoroso sol de los trópicos, y los millares de enfermedades y pestes que asolan el país. El valor, la serenidad, el ojo certero, son prendas necesarias para la caza de todos los felinos y animales fieros.

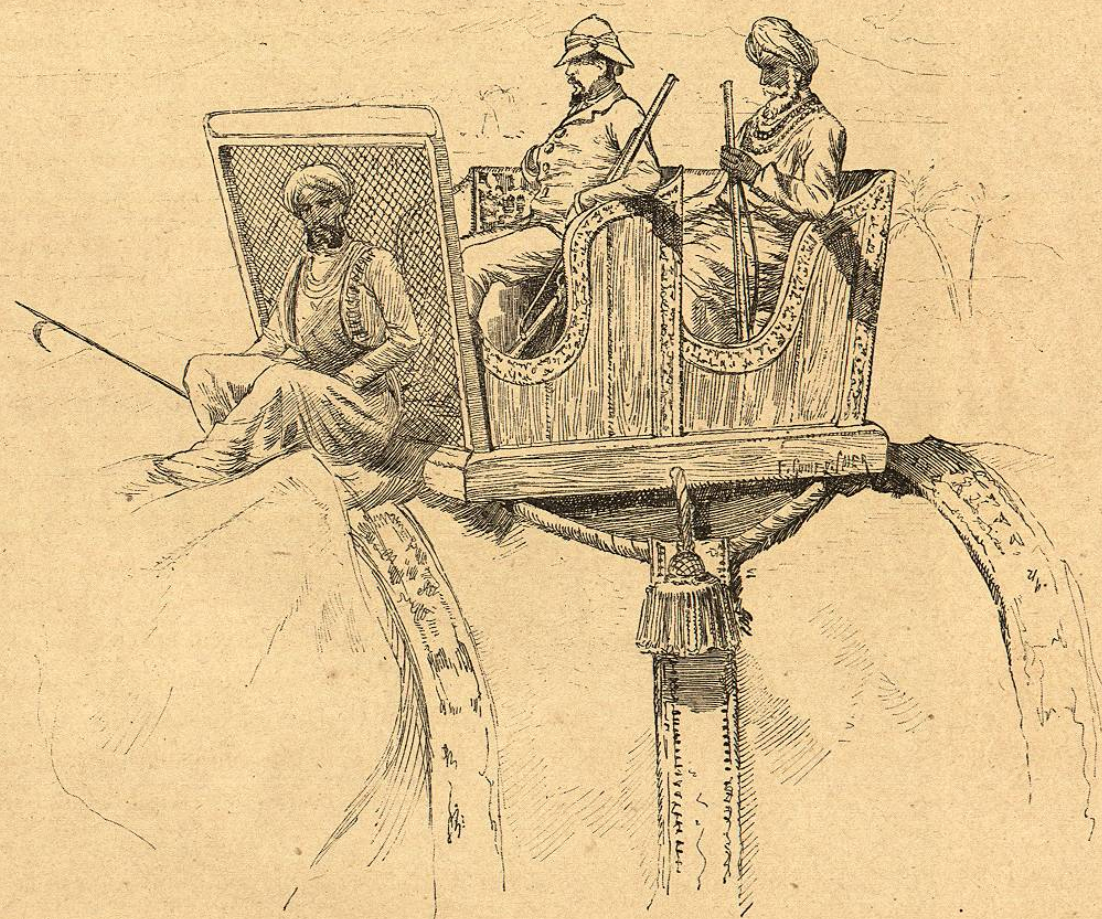
La estación más grata para visitar la India, es el invierno, desde Octubre hasta Febrero; pero no la más apropiada para la caza del tigre. Las montañas de Cachemira y de Himalaya, llenas de nieve, envían regaladas y frescas brisas al llano; pero los pasos de los montes, son infranqueables ó peligrosos, y se inundan las tierras bajas, merced á terribles tempestades y aguaceros.

El tiempo, pues, apropiado para la caza del tigre es el verano, cuando la elevación de temperatura arroja al tigre hacia los junglares que crecen á orillas de los ríos ó de las corintas y zarzas que brotan junto á los lagos.

El viajero europeo en la India, ha de llevar en la mano las célebres guías de *Murray*, que hallará en las principales librerías de Inglaterra y de la India. Pero el cazador necesita, sobre todo, proveerse de cartas de recomendación si quiere orientarse en aquella vasta y variada zona. Los mejores *cazadores* son conocidos por los altos funcionarios civiles y militares, que organizan con frecuencia partidas de caza, y por su influencia en el país, su conocimiento de la población y de la lengua, son los mejores y más seguros guías para el cazador

europeo. Fuerza es confesar que el extranjero provisto de cartas de recomendación halla entre los anglo-indios generosa hospitalidad, que se traduce en espléndidas fiestas venatorias.

El itinerario más rápido y cómodo para el europeo del gran *Sport* que quiera enderezar hoy sus pasos á la India, es embarcarse en uno de los vapores de la *Compañía Peninsular y Oriental*, que salen de Inglaterra. El



El Howdah ó silla

cazador europeo debe proveerse de buenas tiendas de campaña. Las fabricadas en Inglaterra con tela gruesa son pesadas y no sirven para la India, por su volumen y engorro en el transporte. Aconsejamos, pues, al esforzado *Sportman*, que se provea de tienda de campaña en la misma India; son de algodón fino y se hallan dis-

puestas de tan admirable manera, que protejen de los ardorosos rayos del Sol durante el día, y por la noche abriendo sus movibles puertas laterales, dejan penetrar la brisa.

Una tienda de unos doce piés cuadrados (3'65 ms.), cuesta de 40 á 50 libras esterlinas, esto es, 1,000 á 2,500